

# HERBERT MARCUSE

Abelardo Villegas

A un año de la muerte de Herbert Marcuse, vale la pena destacar algunos aspectos de su filosofía que, en parte, han sido ocultados por cierta ola de publicidad que más bien enturbia su figura. Se dice de Marcuse que fue el ideólogo de los movimientos estudiantiles de los sesentas. Esto puede ser cierto si lo consideramos no tanto como un caudillo intelectual, cuanto como un pensador que pudo diagnosticar algunas de las características más señeras de su tiempo.

Más que constituirse en un comentador minucioso de los textos de Marx, trató de aplicar algunos lineamientos importantes de su filosofía a la época actual con algunas convenientes rectificaciones. Al hacer el análisis de las características de las sociedades industriales avanzadas, tanto capitalistas como socialistas, consideró necesario replantear el problema del papel revolucionario de proletariado. No es exacto que haya considerado que, por el bienestar que disfruta esa clase en estas sociedades, abdica de su papel revolucionario. Lo que ocurre es que, según Marcuse, se encuentra sometido a un tipo de represión distinto y más profundo que los anteriores, a la represión del consumismo y de una abundancia dirigida y calculada. No sólo el proletariado, sino todos los miembros de estas sociedades padecen una unidimensionalidad que consiste, precisamente, en un no poder concebir, y ni siquiera imaginar una sociedad diferente de la que existe. De ellas, según sus propias palabras, "emerge una trama de pensamiento y conducta unidimensional en la cual, ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido de acción y comunicación, son o rechazados o reducidos a los términos de este universo. Son definidos por la racionalidad del sistema dado y de su extensión cuantitativa".

La ruptura de esta unidimensionalidad, por tanto, sólo puede realizarse por la vía de la restauración de una razón multidimensional. Esta razón es la que debe enderezar una crítica a la sociedad y originar una conducta no unidimensional. Por eso uno de los conceptos centrales de toda la obra de Marcuse, es justamente el de ese tipo de razón. Se trata de una razón dialéctica cuya misión consiste en la posibilidad de negar una situación dada y de diseñar una situación aún no dada, cuyos gérmenes se encuentran apenas potenciales en la situa-

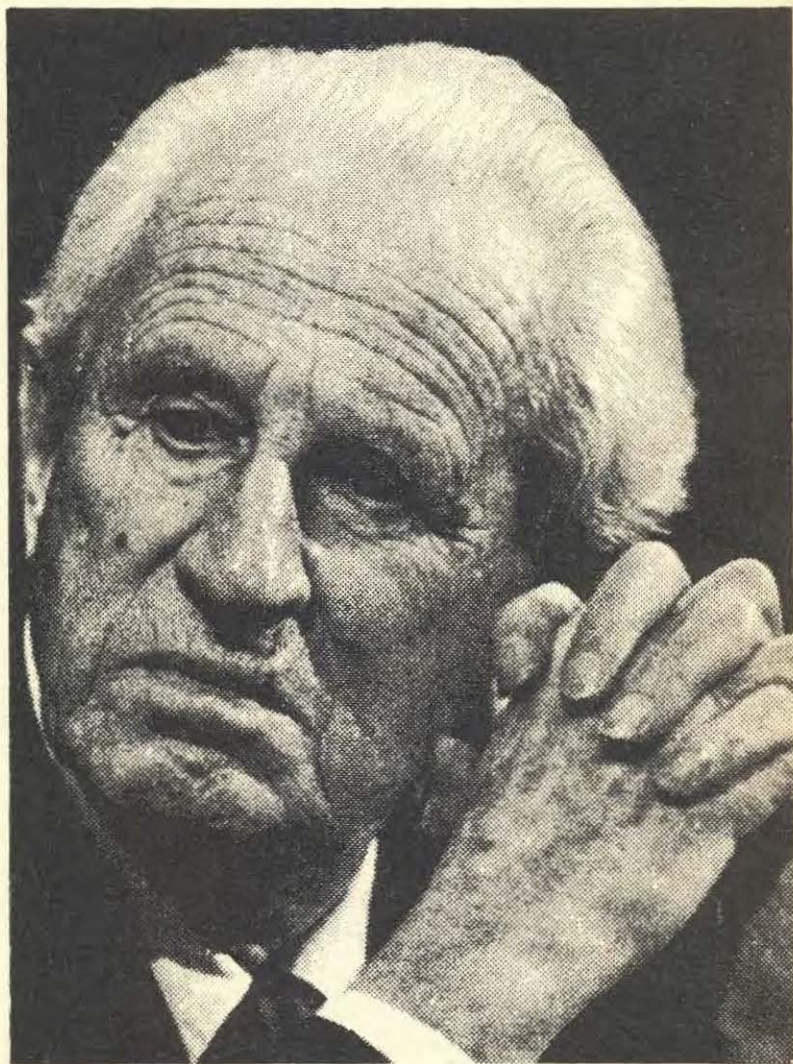
ción dada. Se trata, en consecuencia, no simplemente de una razón que registra los hechos, sino que también los puede negar y puede diseñar proyectos cualitativamente diferentes a los mismos. Esta posibilidad de diseñar situaciones aún no dadas, implica también una reivindicación racional de la imaginación y el arte en la medida en que éstos no son retrato de realidades dadas.

Por otro lado, en una posición cercana a la del psicoanalista Reich, consideró Marcuse que la razón no puede realizarse, convertirse en hechos o, en historia, si no es por el intermedio de la vida instintiva. Una alianza entre la razón y el eros libidinal llevan a Marcuse a prolongar las líneas del pensamiento freudiano dentro de su propio sistema.

Marcuse diseña una situación en la que la satisfacción del eros no choca con las formas de la organización social. Una utopía en donde se pueden reconocer fácilmente algunas características que Marx señaló para el estadio comunista. Sin embargo, la palabra utopía está aquí despojada de un cierto matiz irrealizable y peyorativo. Marcuse sostiene que en las sociedades industrialmente avanzadas existe ya el cúmulo de bienes que Marx imaginó como condición necesaria para que se diese la etapa comunista; y de hecho, considera que la contradicción fundamental de esas sociedades, se encuentra justamente entre el cúmulo de bienes necesario para realizar la felicidad y la organización social y económica que impide el acceso a esta nueva sociedad.

La crítica de la sociedad unidimensional sólo podría venir del ejercicio racional, por eso, insensiblemente, en la filosofía de Marcuse, se va llegando a la idea de que los intelectuales constituyen los grupos o núcleos que, al ejercer esa crítica se convierten en clase revolucionaria. Así el potencial revolucionario transitaría del proletariado a los intelectuales.

Las ideas de Marcuse son interesantes, pero los que las ponderamos desde fuera de las sociedades industrialmente avanzadas, no podemos menos que ceder a la tentación de apuntar algunos añadidos. Los acontecimientos actuales indican que el disparadero revolucionario de las sociedades industrialmente avanzadas, no se encuentra en ellas mismas sino en las sociedades tercermundistas,



Herbert Marcuse

marginadas o no alineadas. Porque es obvio que, si bien el ejercicio de una crítica racional puede mostrar las fisuras de un tipo de sociedad, su transformación no puede partir sino del movimiento de grandes grupos de población. El trabajador o el marginado de los países no alineados, está muy lejos de la enajenación de las sociedades unidimensionales. Por otro lado, tenemos que aceptar que, en cierta medida, el sistema social es uno solo y lo que hacen los campesinos de Afganistán, repercute en la vida de un obrero de Detroit.

Esto no limita el mérito del pensamiento marcuseano, pues al poner énfasis en la crítica racional, muestra que es imposible la práctica ciega, no iluminada por el faro de la razón que se adelanta a los hechos mismos y diseña las rutas que la práctica tiene que seguir.